

nemos en unas circunstancias, ó trabajosas, ó peligrosas á su fe; las prohibimos los ejercicios y observancias, ó necesarias para mantenerse en la piedad, ó útiles para adelantar en ella: en una palabra, so-

324.

De la Confesion

miento, palabra y obra, olvidado ó ignorado desde que tuve uso de razon hasta la hora presente, me acuso. Y para mayor confusion mia y mas determinada materia de este santo Sacramento me acuso de tal y tal pecado de la vida pasada ya confesado en esta ó en aquella materia. *Aquí se acusará cada uno, segun hallare su conciencia, de alguna culpa especial que cometió, aunque esté confesada, y arrepentirse de nuevo para asegurar mas el dolor; y despues continuará diciendo.* Y de esto y de todos los demás me pesa, por ser Dios el ofendido. Pido á su Magestad perdon. Propongo firmemente la enmienda, y ahora pido penitencia.

NOTA.

Hasta aquí la cusacion por los mandamientos, así para la Confesion particular como para la general; y no dudo habrás reparado en todo este libro alguna superfluidad ó repeticion de doctrinas, ó no tan ajustado en el lenguaje a reglas de retórica ó concisa narracion; pero si adviertes que esto se escribe principalmente para instruir á la sencilla ignorancia, no te parecerá superfluo, pues si para unos basta una palabra, para otros quiera Dios que basten cuatro; y así mas quiero, aprendiéndolo del gran padre y doctor S. Agustin, el cual se acomodaba á la sencillez ó ignorancia de sus oyentes, que me comprehendan ó noten los gramáticos y retóricos, que no que acaso por diminuto y lacónico no me entiendan los ignorantes: *malo ut me reprehendat grammatici, quam ut populus non intelligat*, decia el santo.

gion á la verdad, y para que ella nos liberte, y confirmada con religión luego que se nos manifieste; no la disimulemos cuando somos deudores de ella á nuestros prójimos; no nos declaremos contra ella

cuando no nos la podemos disimular á nosotros mismos, para que, despues de haber seguido en la tierra los caminos de la verdad, seamos algun dia todos juntos santificados en la verdad, y consumados en la caridad. Así sea.

DIVISIONES.

VERDAD.—Hay que buscarla con amor.

Hay que recibirla con gozo.

Hay que comunicarla con prudencia.

VERDAD.—Hay que amarla cuando nuestros amigos la emplean para corregirnos.

No hay que desecharla cuando nuestros enemigos la emplean para humillarnos.

VERDAD.—La buena vida de los que la predicán nos la hace venerable.

Las malas costumbres de los que la predicán no deben por esto hacérnosla sospechosa.

VERDAD.—La ceguedad es el castigo de aquellos que quieren ignorarla.

La inquietud es el suplicio de aquellos que la escuchan para despreciarla.

El endurecimiento es el suplicio de aquellos que persisten en desearla.

VERDAD DIVINA.

Ecclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis.

La Iglesia de Dios vivo es la columna y el apoyo de la verdad.

(I. TIMOT. III, 15.)

En el mundo, carísimos hermanos, existe una cosa que encierra todos los bienes, todas las luces y todas las virtudes, todas las armo-

nías y todas las alegrías : una cosa superior á todo, y que por sí sola lo reanima todo ; la Verdad.

Lo verdadero es bueno siempre, á lo ménos por este lado. Lo que es falso, siempre es malo, cualesquiera que sean sus cualidades. Así lo comprendemos todos, aún en los asuntos meramente humanos.

Ahora bien ; este elevado y superior aprecio que hacemos de la verdad, en general, y hasta de la verdad contingente, es decir, de la que podría no serlo, y no tiene relacion sinó con hechos accidentales y momentáneos ; ¿ cuánto más no debemos hacerlo y profesarlo exteriormente de la Verdad absoluta y sustancial, que permanece siempre la misma, á pesar del cambio perpétuo de todas las cosas, y por cuyo motivo la llamamos la Verdad divina ?

De esta Verdad, pues, quiero hablaros hoy, carísimos hermanos: he escogido este asunto y me apresuro á exponéroslo para fijar bien las ideas y disipar muchos errores. Imploramos ántes los auxilios de la gracia.

1. Sin que pretenda engolfaros en consideraciones demasiado abstractas, tengo necesidad de deciros, amados hermanos míos, que la Verdad es lo que es, y que la Verdad primitiva es lo que siempre ha sido, lo que será siempre, lo que no puede dejar de ser (AUG. DE JOANN. EV. C. III). Por manera, que la Verdad esencial se define como se define á sí mismo el Señor, el único que ha podido pronunciar esta gran palabra : Yo soy EL QUE SOY ; *Ego sum qui sum* (EXOD. III, 14). Yo soy Aquel que Soy, es decir : yo existo por mí mismo, yo poseo en mí, como en su único origen, la plenitud del Sér.

Así, pues, no se incurre en exageracion alguna diciendo con San Agustín : que la Verdad es Dios mismo: *Ipsa veritas Deus est* (DE LIB. ARB. LIB. II, C. XV).

Podemos, sin embargo, considerarla aparte, y entónces la Verdad es el orden eterno que Dios concibió ántes de los tiempos, relativamente á su propia sustancia en sus perfecciones infinitas y relativamente á la disposicion de los séres que por su omnipotencia debían ó podían salir de la nada.

Considerándola más directamente con respecto á nosotros, la Verdad es aquella Sabiduría con la cual, segun los sagrados libros, Dios hablaba desde el origen de las cosas, y con la cual formaba nuestro universo como un juego de su mano (PROV. VIII, 23-31). La Verdad es el conjunto de las leyes físicas que rigen á todos los séres materiales en el cielo y en la tierra, y el conjunto de las leyes morales que ha de observar libremente otro mundo más grande, más bello,

más duradero que el primero, y que se llama el corazon del hombre. Esta Verdad primera, es, para nosotros, en el orden moral, el origen, el tipo y la consagracion de todas las demás verdades, las cuales no merecen este nombre sinó en cuanto están con ella conformes.

Lo que así se llama en las instituciones humanas, frecuentemente no es más que una combinacion de conveniencias arbitrarias, que cambian y pasan con las circunstancias de que son hijas ; pero, que la Verdad, propiamente dicha, domina siempre, porque es eterna y no cambia jamás, porque es el mismo Dios, como dice el mismo gran Doctor : *Veritatem, quæ æterna est, omnibus præminens, ipsum Deum esse* (DE VERA RELIG. XXXI, 57).

Por elevada que sea esta doctrina, al tratar de juzgarla, no nos dirigimos á la ciencia teológica, ni tan siquiera á las ideas elementales de la fe, sinó á la recta razon humana, y le preguntamos: si nos es posible formarnos una idea de Dios criador, sin representarnos las verdades primitivas que constituyen su sér inefable, y que, lo mismo dentro que fuera, rigen sus adorables operaciones. Existe, pues, una Verdad suprema, infalible, inmutable y absoluta.

2. A esta primera enseñanza, añadimos otra, no ménos cierta, y es, que Dios dió al hombre la inteligencia que tanto le eleva sobre las demás criaturas para que conociera esta verdad, cuanto le es necesario, para llegar á su último fin, y para la regla de su conducta. Acerca de este punto, todas las tradiciones están de acuerdo. Las ideas de sabiduría, de justicia, de piedad, de virtud, que en nuestras sagradas Escrituras se remontan hasta los primeros dias, encuéntranse igualmente entre los sábios del paganismo, bajo el nombre de ley natural, que es precisamente lo que, con relacion á nosotros, constituye la Verdad divina, *veritas lex æterna*, dice siempre San Agustín (DE CIVIT. DEI, XVI, 6) ; porque semejantes ideas no pueden venir sinó de Dios, que, desde el origen, las impuso al género humano.

Empero, no por esto dejó el hombre de quedar plenamente libre sobre la mayor parte de los actos que debían llenar su existencia, y acerca del uso que podía hacer de las criaturas sometidas á su imperio. El cielo empíreo es para el Señor, dice el Profeta ; mas la tierra la dió á los hijos de los hombres (PS. CXIII, 16) ; y cuando el Espíritu Santo nos enseña, que el Criador entregó el mundo á las vanas disputas de los hombres (ECCLES. III, 11), no habla solamente del mundo material, sometido hoy más que nunca á exploraciones licitas y á experiencias utilísimas de la ciencia, sinó tambien del mundo so-

cial, en sus variados sistemas sobre la forma de los Gobiernos y sobre el ejercicio del poder. Como estos diferentes géneros de asociaciones, tienen todos su bondad relativa, la Verdad divina no los reprueba, porque ella nada condena de lo que en sí es indiferente. Solo reprueba lo que es falso, porque lo falso le es esencialmente incompatible; y no condena sinó lo que es malo, porque, en el orden moral, es tambien falso.

No perdais nunca de vista, hermanos míos, esta observacion fundamental. Dios ha dado al hombre, desde el principio, ciertas nociones primeras, esenciales, superiores á todas las voluntades humanas; púsolas á su vista como faros, para que al mismo tiempo que se le dejaba libre su navegacion por el agitado mar de la vida, viera los escollos y conociera el verdadero camino, principalmente bajo el punto de vista de su vocacion suprema. Confió estas nociones á los patriarcas, para que las trasmitiesen fiel y religiosamente á su numerosa posteridad. Hizo depender de su observancia la señal de sus escogidos; y las sagradas Escrituras nos dicen, que el santo varon Tobías, aún cautivo entre los infieles, nunca perdió de vista el camino de la verdad: *In captivitate viam veritatis non deservit* (1, 2). Para recordar á los hombres las puras enseñanzas de la Verdad divina, suscitó profetas que, como dice Jeremias (xxvi, 15), siempre se presentaban á los pueblos en nombre de la Verdad, no solo porque, segun Isaias (lix, 15), la Verdad habia caido en olvido, y como añade el Libro de la Sabiduría, los hombres iban descarriados del camino de la Verdad (v, 6), sinó porque Jerusalem, figura de la Iglesia, debia ser llamada la ciudad de la Verdad (Zac. viii, 5).

Y observado bien; los profetas servíanse siempre del mismo lenguaje; nunca hablaban de distintas verdades, sinó de la Verdad universal, que todo lo comprende en su unidad, por la razon indicada, de que la Verdad es Dios: *Ipsa veritas Deus est*. La Verdad es, con relacion á Dios, lo que son los rayos con respecto al sol: *Veritas tua in circuitu tuo* (Ps. lxxxviii, 9). Por ella irradia sobre sus criaturas, en especial sobre la única que acá abajo está llamada á conocerla, que debe conservarla; pero, que no tiene derecho alguno para cambiarla, ni alterarla en lo más mínimo, puesto que es inmutable como Dios mismo.

Finalmente; queriendo Dios renovar y perfeccionar el conocimiento de la Verdad, envió en el gran dia de su misericordia, no intérpretes inspirados por su Verdad suprema, sinó á su misma Verdad substancial, personal, á su Verbo, á su Hijo, que se hizo carne y habitó entre nosotros; y nosotros lo hemos visto, dice el Apóstol, lleno

de gracia y de verdad (JOANN. i). Entónces el Hijo de Dios dijo al mundo: Así conoceréis la Verdad, y la Verdad, os salvará (JOANN. viii, 32), y enseñó el camino de Dios conforme á la Verdad (MATH. xxii, 16), y afirmó de sí mismo: Yo soy la Verdad y la Vida; y rogando por sus escogidos en los últimos dias de su vida mortal, proclamó: que no se santificarian sinó en la Verdad (JOANN. xvii, 17); y queriendo, por fin, conservar sobre la tierra esta Verdad, que con más abundancia y eficacia habia venido á traer de nuevo, fundó su Iglesia, para que fuese de ella el custodio incorruptible, intimándola que no dejase perecer ni una sola gota de ella (MATH. v, 18); y añadiendo, con una seguridad enteramente divina: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán (Id. xxiv, 35).

3. Hé aquí, pues, restablecida la Verdad entre los hombres, héla aquí en la Iglesia confiada á los Apóstoles, y sobre todo, á Pedro, cabeza de esta Iglesia llamada columna y fundamento de la Verdad (I. TIM. iii, 15). Ahora lo que importa estudiar, hermanos carísimos, es el cuidado atento, animoso y perseverante con que la Iglesia, dirigida por un Pastor supremo, ha guardado fielmente en su pureza, en su integridad primitiva, este sagra lo depósito.

Cuando esta Verdad santa que, bajo la ley antigua, habia permanecido, por decirlo así, en su crepúsculo, comenzó á irradiar sobre el mundo entero con todo el brillo de su magnificencia, las malas pasiones y todas las potestades enemigas se coaligaron para extinguirla, si hubiera sido posible, ó á lo ménos oscurecerla. Desde un principio, encontró tres clases de adversarios, que se han perpetuado hasta nuestros dias para hacerle constantemente la guerra: los impíos, los indiferentes y los cobardes.

Los impíos, hombres que han jurado audazmente odio á Dios; y secuaces de aquel de quien dijo el Salvador, que fué homicida desde el principio, y no permaneció en la Verdad (JOANN. viii, 44); aquellos de quienes está escrito, que se gozan en el mal que han hecho y hacen gala de su maldad (Prov. iii, 14); esos son los que continúan diciendo al Dios de Verdad: No te queremos por nuestro rey (Lúc. xix, 14).

Son indiferentes aquellos que de todo se ocupan, excepto de las enseñanzas de la Verdad divina; que hallando esas cuestiones demasiado serias, se persuaden neciamente, que dejarán de existir desde el momento que no piensen en ellas, como si bastase cerrar los ojos para apagar el sol. A esta clase de indiferentes pertenecian aquellos atenienses que S. Pablo encontró en el Areópago, y que despues de haberle oido hablar de la resurreccion de los muertos y del juicio

futuro en un lenguaje lleno de elocuencia y de celo, le dirigieron por toda respuesta estas glaciales palabras: Te volveremos á oír otra vez (ACT. XVII, 32).

Finalmente, los cobardes, aquellos á cuya inteligencia no se escapan los esplendores de la Verdad divina; aquéllos que la ven á pesar suyo, la comprenden, y, en el fondo, la aman; pero, que ántes de profesarla, tratan de saber lo que de ella se piensa, y miran á que lado se inclinan los más fuertes; resueltos á tomar partido por la Verdad el día en que el público se declare en su favor, y pronunciar contra ella miéntras esté en desgracia: hombres sin dignidad, ni conciencia, ni pudor, que no piensan por sí mismos, sino que aceptan el pensamiento de los demás, que no tienen otras convicciones que las que se dejan imponer, y que no reparan, cuando les conviene, en desmentirse á sí mismos á la faz del mundo entero. Almas de lodo, decia Rauzan, célebre misionero francés, sobre quienes los hombres pasan y vuelven á pasar, y que llevan siempre impresa en su frente la huella del último pié que los ha pisado; raza degenerada á la cual pertenecian aquellos que en la pasión del Salvador decian al juez: *Si hunc dimittis, non est amicus Caesaris*.

Esas tres clases de enemigos formaron bien pronto un ejército comun contra los predicadores y adoradores de la Verdad; ejército formidable, compuesto de todas las potencias del Imperio, es decir, casi de todo el género humano, y que, por el espacio de trescientos años, empuñó su desapiadada espada contra la pequeña cohorte de apóstoles y fieles inofensivos y desarmados que componian la Iglesia naciente. Ahora bien; ¿qué hizo entónces la Iglesia, tan débil y perseguida? A imitación de su divino Maestro, dió testimonio de la Verdad (JOANN. XVIII, 37); y rodeóse de una tan grande nube de testigos, dice S. Pablo (HEB. XII, 1), que formaron acá abajo su más brillante é imperecedera gloria.

Soportando por la Verdad todas las privaciones, todos los dolores, todas las torturas, todo género de muertes, sus millones de mártires mostraron al mundo, que la Verdad es un bien de tal precio que nunca se compra demasiado caro, y que debe ser preferida á todo, cueste lo que cueste: *Supereminens omnibus veritas est* (AUG. IN B. XXXIII, ENARR. 2). Burlándose de las amenazas y promesas de los que daban leyes al mundo, demostraron que la Verdad triunfa de todo poder. No creais, empero, que los fieles hayan jamás, ni siquiera para vengarse de la injusticia, ó para debilitar á sus perseguidores, fomentado complots, turbado el orden público, ó desconocido el respeto debido á la autoridad reinante, no: carísimos hermanos; nada de esto hicieron;

la Iglesia no lo permitió, ni aún en medio de sus pruebas más duras, porque la Verdad divina lo ha siempre prohibido; y si, algunas veces, en el discurso de los siglos, ciertas querellas políticas se han mezclado con los intereses religiosos, la Iglesia lo ha desaprobado siempre.

Si, pues, la santa Iglesia, frente á frente de los príncipes paganos, odiosos y feroces, no cesó de pedir á Dios la prosperidad de su reino (I TIM. II, 1 ET 2); ¿cómo creer que quiera perjudicar á los Gobiernos cuya alianza ha procurado y cuya benevolencia le es tan preciosa? Lo único que puede decirse es, que ni á éstos, ni á aquéllos ha subordinado nunca la Verdad divina: *Omnes supereminens*. Y bajo este respecto, ¿no ha hecho en todo tiempo lo que se le vió hacer desde el principio? Ella ha hablado cuantas veces lo ha creído necesario á los intereses de la Verdad siempre viviente: *Credidi propter quod locutus sum* (Ps. cxv, 10). Y cuando las potestades de este mundo han intentado desviarla, les ha contestado como los apóstoles San Pedro y San Juan: Juzgad vosotros si es justo el obedeceros á vosotros ántes que á Dios (ACT. IV, 19). Esta palabra tan sencilla tiene necesidad, no obstante, de ser meditada. Deseo que se me entienda bien. Los ministros de la Iglesia no son libres de callar, no porque ninguna fuerza humana les haga violencia, sino porque la Verdad divina, de la cual son servidores, les obliga á hablar; sobre todo el Pastor supremo de la Iglesia, oye esta palabra que resonaba en el fondo de la conciencia de San Pablo: ¡Desventurado de mí si no predicare el Evangelio! *Vae mihi si non evangelizavero* (I COR. XIII, 16). Por eso predica el Evangelio, y sus palabras llegan hasta las extremidades del mundo.

4. A veces, algunos hombres importantes juzgan, harto lo sabemos, que, atendida la disposición de los espíritus y la naturaleza de las circunstancias, puede ofrecer inconvenientes la manifestación de la Verdad. La Iglesia sabe que el mayor de los inconvenientes sería la alteración de la Verdad divina por una concesión cualquiera, y por esto profesa y practica, desde más de mil ochocientos años há, estas palabras del Apóstol: *Non possumus aliquid contra veritatem sed pro veritate* (II COR. XIII, 8); Nada podemos contra la Verdad, sino á favor de la Verdad.

Ved, en efecto, carísimos hermanos, cuanto ha sufrido en todo tiempo la Iglesia por no consentir que se alterara un solo punto de su símbolo. Hemos hablado de nuestros mártires. Cierto que cuando la Iglesia los veía sobre los potros y las parrillas candentes, bajo las uñas de hierro y entre los dientes de las bestias feroces; cuando miraba á sus vírgenes entregadas al oprobio, y á sus Pontífices encar-

celados, las circunstancias eran malas y los espíritus malévolos; no obstante; ¿se prestó nunca, tratándose de doctrina, á los acomodamientos ó á las reticencias? Nunca, hermanos carísimos; por el contrario, repitió siempre con el Apóstol: Me aguardan cadenas y tribulaciones, pero yo ninguna de estas cosas temo, siempre que cumpla el ministerio que he recibido para predicar la Verdad (Act. xx, 23-24).

Empero, no fueron estas sus principales angustias. Dejemos á los mártires, que serán siempre la fuerza y el honor de su testimonio á la Verdad; y hablemos, bien que temblando, de los pueblos que la Iglesia arrojó de su seno por haber prevaricado de la Verdad divina. Sin recordar los innumerables pueblos que la Iglesia repudió en los tiempos antiguos, con los Arrios, Nestorios, Eutiques, y demas antiguos heresiarcas; sin mencionar tampoco á estos pueblos modernos de Alemania, Inglaterra, países del Norte, que la Iglesia ha rechazado con las heregias de los últimos tiempos, digamos solamente una palabra del Oriente. ¡Ah! el Oriente, de donde recibimos nosotros la primera luz; el Oriente, conducido á la fe evangélica ántes que la misma Roma; el Oriente ha sido desechado por la Iglesia; y ¿por qué? Por una palabra no conforme á la verdad divina, por una sola palabra, la palabra *flioque*, que el Oriente suprime del Símbolo; por estas cuatro sílabas la Iglesia ha separado al Oriente de su comunión.

¡Oh Iglesia divina! esos pueblos te eran caros; ellos formaban una magnífica parte del patrimonio que los profetas te habian prometido: *Dabo tibi gentes hereditatem tuam* (Ps. II, 8). Todos esos millares de almas habian sido engendradas con el sudor de tus apóstoles, por las virtudes y los padecimientos de tus confesores, por los méritos de tus santos; y tú los rechazas lejos de tí, y debiste hacerlo, porque no podias conservarlos sin sacrificar la Verdad; y si bien es cierto, que una sola palabra de esas almas es más preciosa que millares de mundos, no lo es ménos, que una sola palabra de la Verdad divina es más preciosa que millares de almas.

¡Ah! hermanos carísimos, comprendedlo bien; la Iglesia está dispuesta á sacrificarlo todo, excepto la Verdad divina; y cuando se le pide que borre una palabra de la Verdad eterna, contesta que no puede. Si por este motivo ve perseguidos á sus hijos, se conmueven sus entrañas maternales, pero su amor de madre queda vencido. Lloro, sufre, ruega; mas no cede, porque no puede. *Non possumus aliquid contra veritatem.*

A veces se le dice: No olvides las imperiosas circunstancias que exigen una transacción: potencias amigas tuyas la solicitan con em-

peño; ¿qué desgracias puedes evitar? ¿No vés profanados tus templos, desterrados tus sacerdotes, devastados los conventos, las almas en riesgo, abandonadas, extraviadas? Amiga de la paz y de la salvación; ¡ah! evita tamaños males, otorgando lo que se te pide. Y la Iglesia, si bien expresa todo el dolor que siente, va repitiendo: Nada puedo que sea contrario á la Verdad divina. *Non possumus aliquid contra veritatem.*

Han transcurrido ya mil ochocientos años, y las potestades de este mundo no han podido arrancarle una palabra contra la Verdad. Se ha visto, ora la anarquía popular, ora el despotismo vencedor, aterrarla, por decirlo así, á la vista del universo, y poniendo sobre su pecho virginal su pié triunfante; exigirle una palabra de mentira, ó al ménos, un silencio de adhesión á sus injustos proyectos; pero ella, libre ú oprimida, ha contestado siempre: no lo haré; no puedo hacerlo; me es imposible desmentir ó callar la Verdad divina: *Non possumus aliquid contra veritatem.*

¡Oh sublime impotencia de la Iglesia mi madre! ¡Oh! en tu impotencia consiste especialmente tu poder y tu perfección la más maravillosa. Tú no eres, por tanto, la obra del hombre, puesto que no puedes mentir, y el hombre es falaz (Ps. cxv, 2). Tú estás, por lo mismo, inseparablemente unida á Dios, puesto que no puedes separarte de la Verdad, y que la Verdad es Dios: *Ipsa veritas Deus est*. Bienaventurados, pues, los que permanecen en tí por su íntima unión con tu Cabeza suprema, en quien tú te identificas, y de quien podriamos decir todo cuanto hemos dicho de tí, porque donde está Pedro, allí está la Iglesia: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia* (AMB. IN Ps. XI, N. 20).

Por lo tanto, carísimos hermanos, permaneced adheridos de corazón y de espíritu á todas las enseñanzas de la Santa Sede apostólica, porque en esta cátedra es donde Dios ha colocado la doctrina de la Verdad (EP. V, AD MAN. EP. N. 16), que debe un día hacernos perfectamente dichosos en el cielo, que os deseo.